

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

SÁTIRA.

A Flora.

Muy bien se muestra Flora, que no tie-
Desta mi condicion noticia cierta, [nes
Pues piensas enmendalla con desdenes.

Tú pensarás que guardaré tu puerta
Desde que se recogen las gallinas
Hasta que el ronco gallo las despierta;

Y que cuando á las horas matutinas
Se levantan los frailes, y durmiendo,
Tus émulos están y tus vecinas,

Me estaré yo en la calle consumiendo,
Y por el agujero de la llave
Lo que en tu casa tienes inquiriendo;

Y que te sufriré despues muy grave,
Pidiéndote perdon, porque me seas
Afable, como sueles, y suave.

Pues porque, si lo crees, no lo creas,
Y sepas que no ignoro con quién trato,
Es bien que mis odiosos versos leas.

Aquí verás un natural retrato
De nuestras diferentes condiciones,
Por más que tú la encubras con recato.

Agora me parece que te pones
Mucho más colorada que tu saya,
Y me das un millon de maldiciones,

Diciendo que, primero que me vaya,
Quedarás satisfecha de la injuria,
Aunque dificultades cien mil haya.

Y yo, por todo el oro que Liguria
A España con usuras arrebatá,
No quiero hacerme digno de tu furia;

Ni quiero dar mi vida tan barata,
Ni ver del africano la frontera;
Cosa que por tu causa alguno trata.
Escribate, pues, sátiras quien quiera;
Que yo alabanzas solas quiero darte
Hasta que tú te canses ó yo muera.

Ya, ya me tienes, Flora, de tu parto;
Que, como tus costumbres amo tanto,
Mudable soy tambien por imitarte.

Quiero dejar la pluma; que me espanto
De ver ese furor trasordinario,
Y dar de contricion señal con llanto.

Pero tengo conmigo un tu contrario,
Que tiene prometido defenderme
Contra el poder de Jérjes y de Dário,

Y no me da lugar de recogerme;
Antes con amenazas me provoca:
Dios sabe si ofenderte es ofenderme.

Pero no puedo mas, mi fuerza es poca:
Tú no me defendieras del que digo
Siquiera con el aire de la boca.

Mas, pues he de cobrar un enemigo,
Escojamos, de dos, el menor daño;
Demás que la razon y verdad sigo.

En el mas fértil mes de todo el año,
Ob Flora, yo te vi, que no debiera,
Aunque no ha resultado dello engaño.

Y luego, como frágil y ligera,
Antes de conocerme ni yo habiarte,
Me descubriste ser tu pecho cera;

Mas, como sé de Ovidio mal el arte,
No procuré poner en Troya el fuego,
Aunque te ví, contenta, descuidarte.

Hubo manjares, y tras ellos juego;
Y como vi colgar allí la hiedra,

El vino reputé por malo luego.

A todo estuve cual si fuera piedra,
Tan fuera de pensar en tus amores
Como Hipólito estuvo en los de Fedra.

Mil veces repetiste mis loores;
Que en tí los engendró mi negra fama
(Diceslo así, y es bien que así lo dores),

Y para declararame que eras dama
Tan grave, que la corte señorea,

O por mejor decir quema tu llama,
Como quien confesar algo desea,

Y lo quiere decir por negativa,
Para que lo contrario se le crea;

Así me declaraste cuán esquivada
Con grandes cortesanos habias sido
A quien de libertad tu valor priva.

Tras esto, me juraste haber venido
Al lugar donde estaba por hablarme,
Y la visita falsa haber fingido.

Pensaste, no lo dudo, colocarme
Encima de los cuernos de la luna,
Y aun por ventura dellos adornarme.

Jamás infante tierno de la cuna
Oyó tan dulces nombres repetidos
De su madre, con besos importuna,

Como yo los oí, pero fingidos,
Solo para cubrir las cautas redes
Con que á tantos enredas los sentidos.

Sin preceder servicio hacer mercedes
Dará que sospechar á quien no sea
De los con quien hacer tú labor puedes.

Créame quien lo oyere, ó no me crea,
Digo que sospeché, sospeché digo,
Viéndote tan afable, sin ser fea...;

Mas soy de ingratitud tan enemigo,

Que, por corresponder al beneficio,
Agradecido me mostré contigo.

Hubo tambien en ello un artificio;
Porque sé que resbala fácilmente
En tales ocasiones el juicio.

Y tú te imaginabas suficiente
A poderme llevar como de riendas,
A todos tus antojos obediente.

Así lo creo yo; porque mi hacienda
Es ménos que el tesoro veneciano,
Y otro tanto ha de dar quien te pretenda.

Al fin, como si fuera yo aldeano,
Que se admira de ver con perlas y oro
La gorra del soberbio cortesano;

Así me descubriste tu tesoro
(Esto disimulando y como acaso,
Y sin perder allí de tu decoro).

¿Hubo vajila ó por ventura vaso
Que delante de mí no se sirviese,
Buscando tú ocasion á cada paso?

Y porque tus esclavas todas vieses,
Y que son siervas libres ó prestadas,
Como soy malicioso, no creyese,

Todas delante mí fueron llamadas,
Y por cierto descuido, no muy grande,
Con ásperas palabras afrontadas. [de

No hay mayordomo necio que así man-
En casa de un señor á los sirvientes,
Y en guerra con aquellos y estos ande,

Como tú con tus siervas diligentes,
Solo para mostrar tu preeminencia,
Haciendo ostentacion con los presentes.

Mandábaste traer en mi presencia
(Sin haber menesterlas) tus arquillas,
Llenas de ménos oro que apariencia.

Estaba la esclavilla de rodillas
En tu imaginacion, de mi notada
Por una de las siete maravillas.

¡Oh Flora, cómo estabas engañada!
Que entonces *El Eunuco* revolvia,
Comedia de Terencio celebrada;

El cual en sus ejemplos me decia
Que desean las damas de tu trato
Las esclavas tener que Táis tenia,
Y que soleis comprarlas muy barato;
En un ignorante Fedro las presenta
En competencia de un Trason bravato.

Mira cuán al revés salió tu cuenta;
Que lo que tú por honra descubrias,
En mí se convirtió para tu afrenta;
Y cuando más compuesta te ponias,
Como quien va mirándose la sombra
Conmigo de tu crédito perdias.

No pienses, si lo piensas, que me asom-
Un lecho de damasco granadino, (bra
Y á un lado y otro la morisca alfombra,
Que soy, si no lo sabes, adivino.
Y no tienes un clavo ni una hebilla
Que no sepa de dónde y cómo vino.

Véote santiguar con maravilla
Desto que voy diciendo; pues no dudes
Que fábula serás en esta villa.

Sabrá quien no las sabe tus virtudes,
Las cuales te sustentan todo el año, [des.
Aunque ya vendrá tiempo en que las su-
Quiero vender al mundo desengaño;

Que aunque es poca la gente que lo entien-
Sé que te puede hacer no poco daño; [da,
Y que si por tu mal abro mi tienda,
La tuya quedará tan abatida,

Que un ochavo en un año no se venda.
Mas tengo condicion tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia
Contando los enredos de tu vida.

En tí tienda sus redes la ignorancia,
Para los que pidieron á sus padres
De su porcion de vida la sustancia.

A estos recuerdos y á los otros ladres
Y por ver á sus hijos lastimados,
Te den su maldicion doscientas madres.

Tengas mil hombres viejos engañados;
En sus canudas barbas te regales;
Haciendo rica presa en sus ducados;
Y á otros, que se precian de leales,
Con vanos favorcillos entretengas,
Y pesques mas de espacio sus reales.

Con los que veas ardientes te detengas,
Y con los que veas tibios te apresures,
Y á todos en comun enredo tengas.

Delante de tu madre te mesures,
Fingiendo que la temes y que ignora
Los favores que das, y así lo jures.

Y si te vieras sola, bella Flora,
Y el necio sin pagarte se desmanda,
Di luego: «¡Ay Dios, que sale mi señora!»

Y cuando veas al triste que se ablanda
Lleguen el portugués con el joyero,
Este con oro, el otro con holanda.

Dirás, como los médicos, no quiero,
Alargando la mano á la presea
Con que te esté rogando el majadero;

Y dirás, como sueles, si desea
Ser tu favorecido, que dé muestra
En donde su aficion mejor se vea.

Ayúdete tu madre ó tu maestra,

Dándote mil recaudos al oído
(Licion de todo punto propia vuestra).

Estése el otro necio sin sentido,
Mientras habláis vosotras muy compues-
O, como acá decimos, muy corrido; [to,
Que no me quiero yo poner en esto,
Ni descubrir tus faltas en la calle,
Pues se descubrirán por sí tan presto.

Pero no será bien que sufra y calle
Cierto tributo, censo ó alcabala,
Pues tú no te avergüenzas de cobralle.

Cuando sale quien digo de la sala,
Le vuelves á llamar con gran caricia,
O sales tú con él hasta la escala:

Y allí, disimulando tu codicia,
Le pides un catálogo de cosas,
Como si las debiera por justicia.

El, ambas las mejillas hechas rosas,
Arrepentido ya de verse en ello,
Y de emprender empresas tan costosas,
No sabe qué decir; que tiene el cuello
Ceñido con tus brazos, y los ojos
Clavados, por su mal en tu cabello.

Quiere satisfacer á tus antojos,
Y quisiera también á ménos costa
Comprar, pues que se venden, los despo-
Imagínasle tú la bolsa angosta, [jos.
O por ser muy avaro ó por ser pobre,
Personas de quien huyes por la posta;

Y para hacer sudar con fuerza al robre,
O, como buen artífice, en la piedra
Tocando, conocer si es oro ó cobre,

Enmarañaste dél cual verde hiedra
(No te comparo mal, pues que se dice
Que nunca el árbol que la tiene medra),

Diciendo: «Buena prueba, Señor, hice
De vuestra fé, si no fingida, tibia,
Con que, para mi mal, me satisface.

»Si yo os mandara humedecer la Livia,
Si oponer vuestros hombros á la carga
Que en los de Atlante nunca el tiempo ali-

»Si peregrinacion pidiera larga, [via;
Donde estuviera en duda el volver vivo,
O cierta en el progreso vida amarga;

«¿Pudiéades estar más pensativo?
Pudiéades dudar de tal manera

Y mostraros conmigo más esquivo?

»Pues yo sé bien alguno que quisiera,
Y como que quisiera, que pagara
Porque lo que á vos pido le pidiera;

»Que ni tan pobre soy ni tan avara,
Que, por necesidad ó por codicia,
En cosa tan pequeña reparara.

»Mal de mi condicion teneis noticia;
Que, aunque no lo trujéades tan presto,
No os sacara yo prendas por justicia.

»Pero no reparemos más en esto:
Solo vivid seguro de que os amo,
Y que no me sereis jamás molesto.»

El triste ya, cual pece asido al hamo,
O como ciego pájaro que viene
Llamado con el son de su reclamo,

Ni en dudas ni en peligros se detiene;
Quiere tomar prestado ó con usura,
Sin ver si de pagarlo modo tiene.

Promete allí sin tasa ni cordura,
Y niega que jamás dudase en algo,
Y aun para ganar crédito lo jura.

«Así lo creo yo de un noble hidalgo,»
Respondes tú, soltando la cadena,

Que quisiera yo más la de mi galgo.
Atraviésase luego Madalena,
Pide para chapines ó una toca,
Y tu paje de lanza pide estrena.
A aquella tú le dices: «Calla, loca;»
Y á este otro: «Tú rapaz, ¿tambien te atre-
Y por detrás les señas con la boca. [ves?»
Ni á la carne se da tal priesa el jueves
Como le dais vosotras entre dientes
Diciendo: «Pagarás lo que no debes.»
¡Oh tú, que con pagarlo no lo sientes,
Y cansarás, pidiéndoles prestado,
Despues á tus amigos y parientes!
Si alguna vez ó veces has pasado
De Aragon á Castilla, y en los puertos
Del uno y otro reino registrado,
Adonde los derechos hacen tuertos:
Y con decreto y orden de justicia
Roban en los poblados y desiertos;
Adonde puede tanto la codicia,
Que no son tan mudables venecianos,
Cuando á alguno prometen su amicitia,
Como aquellos ladrones y villanos
En olvidar al rey, si el caminante
Les pone de sus armas en las manos;
Conocerás, agora ó adelante,
Que es mayor el trabajo que se pasa
Con Flora, de quien andas ciego amante.
Y tú, Flora, tambien modera y tasa
Los derechos tiránicos que llevas
De entradas y salidas de tu casa,
Pues solamente deben ropas nuevas,
Al entrar por los puertos, el derecho,
Y no será razon que á más te atrevas.
No quieras descubrir tu avaro pecho,

Ni como mercader, tener oreja
Abierta solamente á tu provecho.
Y no digo con esto que eres vieja;
Más téngote por ropa tan traida,
Que descubres la hilaza por la ceja.
Pues quien te ve fingir la recogida,
Ha de soltar á tu pesar la risa,
Si sabe, como yo, tu buena vida.
Verte salir con tu señora á misa,
Como fraile novicio, que no mira
Acá ni allá más suelo del que pisa,
¿A quién tu gravedad allí no admira?
¿Quién no dirá que puedes llevar palma
Y que á las once mil tu intento aspira?
Quien sepa, como yo, que en esa calma
Suceden por momentos torbellinos,
Que anegan las agenas y tu alma;
Ni lo dirán tampoco tus vecinos,
Que ven salir y entrar en tu posada
Los recién emplumados palominos;
Ni lo dirá tu hermana, que se enfada
De estar labrando soliman y mudas,
Ella desnuda y tu muy enjoyada;
Ni el que suele soltarme cien mildudas
(Si se lo preguntase), cuyo nombre
Es del que sucedió en lugar de Judas;
No lo dirá, bien sabes, aquel hombre
Que en darte y abstenerse tal anduvo,
Que le doy Alejandro por renombre;
Ni lo dirá tampoco quien estuvo
De Mántua, por tu causa, foragido,
Y el perdon por dineros despues hubo;
Ni menos lo dirá quien ha leído
Lo que con apariencia va cubierto,
Si con la vista pasa del vestido,

Yo digo de vosotras (y es lo cierto)
Que sois de las fantasmas y visiones
Que vido San Antonio en el desierto.

Debajo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.

Si sois fuera de casa convidadas,
Desecháis mil viandas que son buenas,
Solo para fingiros delicadas.

Tomáislas con los dedos, y aun apenas
Si dellas exhibis más que á un doliente
Niegan nuestros modernos Avicenas.

Fingisios muy honestas juntamente,
Y á la palabra equívoca no clara
Le dáis luego el sentido maldiciente;

Y puestas ambas manos en la cara
Llamais al que lo dijo torpe y necio,
Quizá porque mejor no se declara.

Y con desden y grande menosprecio
Burlais de algun galan que por ventura
Os tuvo en su poder á poco precio. [cura

Pues quien del mal de amor sanar pro-
En vuestras casas, si pudiera, os vea
Sin tanta gravedad y compostura,

Y verá convertir la que desea
En un fiero demonio, poco digo,
Si cosa se pudiere hallar más fea.

Y más si no teneis allí testigo,
Y salís de la cama descompuestas,
Mostrando de los pies hasta el ombligo.

¡Qué fieras pareceis! ¡Qué deshonestas!
Con los ojos hinchados, y sobre ellos
Dos negras y tendidas nubes puestas.

Revueltos en vedijas los cabellos,
Como los de las furias infernales,

O largos como colas por los cuellos.

Torciendo cuerpo y brazos, dáis seña-
Mezcladas con bostezos, del deseo, [les,
Que mueve vuestros ánimos bestiales.

Pues para transformar el rostro feo,
No vais á fuente clara ó rio santo,
Adonde fué Naaman por Eliseo.

Tampoco lo mudáis con mago canto,
Ni buscando las yerbas fabulosas
Cuando tiende la noche el negro manto;

Antes lo trasformais con otras cosas,
Poniendo las cabezas en arquillas,
Yo no digo que bien, pero olorosas.

¿Quién podrá numerar las garrafillas
Dedicadas al sucio ministerio,
De ungüentos, botecillos y pastillas?

Aquí para enrubiar el sahumerio,
De aqueste mismo aceite que blanquea
Los huesos de la boca ó cimiterio;

Allí la miel mezclada, que se emplea,
Con mostaza y almendras, en ser muda
Para mudar color á la que es fea;

En otra parte ya la vereis ruda,
En otra ya en aceite convertida;
Que dicen que el cabello el color muda.

La leche con jabon vereis cocida.
Y de varios aceites composturas,
Que no sabré nombrarlos en mi vida.

Aceite de lagartos y rasuras
De ajonjolí, jazmin y adormideras,
De almendras, mata y huevos mil mistu-

Aguas de mil colores y maneras, [ras.
De rábanos y azúcar, de simiente,
De melon, calabazas y de peras.

El aceite de enebro, propriamente

Para curar el mal á las ovejas,
aquí sirve de oficio diferente.

Agua de alumbre, buena para viejas,
Que quita las arrugas, que los años
Les cargan, como fuelles, en las cejas;
Y ellas (¡oh ceguedad!), con darse ba-

[ños,
Cual parche de atambor tiran el cuero,
Como si no venciese el tiempo á enga-
[ños.—

Pero debiera yo nombrar primero
Al magno Soliman, tan vuestro amigo,
Como lo fué de Francia el otro fiero;

El cual os da justísimo castigo,
Pues solo por salir con vuestro intento
Os valeis del veneno y enemigo.

Y mudándole nombres ciento á ciento,
Quereis arrebozallo, como usura,
Con nombre de mohatra ó quitamiento.

Agora lo véndeis por agua pura.

En pasas con azúcar piedra luego,
Mudándole de especies y figura.

Y que pondreis las manos en un fuego,
Decís, si no os lavais con agua sola,
Pudiendo lo contrario ver un ciego.

¡Cuán mal se cubre un gato con la cola!
¡Cuán mal se cubre el fuego sin dar humo!
Así la que se afeita y arrebola.

Otros afeites hay, que no los sumo,
Porque en imaginillos tanto hieden,
Que de congoja y rabia me consumo.

Ni ser nombrados todos aquí pueden,
Porque, como se inventan cada día,
En infinito número proceden.

Y porque me parece que seria

Afrenta de sus nombres acordarme,
Y que á los que me hablasen oleria;
Así he determinado prepararme,
Y por haber tratado destas cosas,
En una fuente líquida purgarme.

Ni son en sus manjares más curiosas,
Puesto que allá en lo público pregonan
Que sin ellos se pasan como diosas.

Encima de los platos se amontonan,
Y hoy comen lo que ayer quedó fiambre;
Que ni por ser helado lo perdonan.

Direis que son las hijas de la hambre,
O cuales avestruces suficientes
A digerir el hierro y el arambre. [tes

Aquí no se comprehenden las prudentes
Que siguen las virtudes; que las tales
No llevan composturas aparentes;

No son todas las leyes generales;
Que muchas excepciones hay en ellas,
Ni las cosas del mundo son iguales.

En las tinieblas lucen las estrellas,
A vueltas de los cardos nacen flores,
Y entre agudas espinas rosas bellas.

Destas despues yo cantaré loores;
Que no se han de mezclar con las profa-
Las cosas excelentes y mayores. [nas

Tú, Flora, y otras damas cortesanas
Sois estas enemigas de quien trato,
Perdidas por comer y andar galanas.

Con esto le doy fin á tu retrato,
Y parécete tanto que me afrento
De haberlo concertado tan barato.

Pero tengo por premio tu contento,
Del cual, por ser yo causa, participo,
Y el nombre de mis obras acreciento.

Así creció de Apéles y Lisipo
La fama, solos ellos retratando
Al hijo venturoso de Filipo.

Agora con razon estoy dudando,
Pues he de retratarme, dónde y cómo
Me puedo yo estar viendo é imitando.

La mano más pesada que de plomo,
Inobediente al arte, desatina,
Si el cansado pincel en ella tomo.

Parece, y es posible, que a divina
Que (como siempre el conocerse ha sido
Cosa dificultosa y peregrina)

Yo, de mi propio gusto persuadido,
Como pienso que soy querré pintarme
Por falta de no haberme conocido.

Yo mismo no sabré vituperarme,
Y aunque verdad dijese, ménos puedo
(Si ya no es defendiéndome) alabarme.

Si como cuando vine de Toledo
Me supiese pintar en testimonio
De tocar las verdades con el dedo;

O como me pintaba don Antonio
(Puesto que es al revés), yo juraría
Que te espantases ménos de un demonio.

Alguno con razon me culparía
Si me pintase mal, y tu figura
Por obra de otra mano juzgaría.

Y quien tener buen crédito procura
(Segun dice Caton). jamás lo cobra
Si le pierde una vez por desventura.

A mi no me hace falta ni me sobra;
Quiero pues conservarle, como cuerdo,
Alzando, como dicen, mano de obra.

Ya fué un pintor (del nombre no me
[acuerdo

Y de que no me acuerde no te espantes,
Que ya de la memoria mucho pierdo)

Ni sé bien si fué Céusis ó Timántes,
(Yo me fatigo poco destas cosas,
Por ser disputas propias de pedantes)

Este pintor, pintando las tres diosas,
Delante del pastor troyano puestas,
Desnudas y del oro codiciosas

(Que suelen muchas veces las honestas
Al rústico por él así mostrarse,
Y á los que no lo tienen muy compuestas)

En Juno y en Minerva señalarse
Tan de veras mostró, que no podía
Para pintar á Venus mejorarse;

Y viendo que pintarla convenia,
Para no ser culpado, más hermosa,
Lo cual, aunque quisiese, no sabia,

Al arte socorrió con ingeniosa
Astucia, sus defectos encubriendo,
Y pintando de espaldas á la Diosa.

Yo pues, la misma falta conociendo,
De poder retratarme desconfío,
Si al discreto pintor no voy siguiendo.

P pues has de llevar retrato mío,
Verás por las espaldas mi retrato;
Que con volverlas, Flora, me desvió
De tu conversacion, favor y trato.

SONETOS.

I.

Tras importunas lluvias amanece,
Coronando los montes, el sol claro;
Salta del lecho el labrador avaro;
Que las horas ociosas aborrece.

La torva frente al duro yugo ofrece
El animal que á Europa fué tan caro;
Sale, de su familia firme amparo,
Y los surcos solícito enriquece.

Vuelve de noche á su mujer honesta,
Que lumbré, mesa y lecho le apercibe,
Y el enjambre de hijuelos le rodea.

Fáciles cosas cena con gran fiesta,
El sueño sin envidia le recibe:
¡Oh corte, ó confusión! ¿quién te desea?

II.

Vuelve del campo el labrador cansado
Y mientras se restaura en fácil cena,
Para nuevo trabajo se condena,
Que al venidero sol quedó obligado.

Cuando descansa en el rincón suarado,
Con hoz la vid sin pámpanos cercena;
Siega la mies y la vendimia ordena,
Y luego al yugo vuelve ya olvidado.

Es el trabajo propio á los mortales,
En el cual los alivia la esperanza
Con premio que á trabajo nuevo llama.

Así pasan los bienes por los males,
Así sustenta al mundo la mudanza,
Y así es tirano en él quien la desama.

III.

Lleva tras sí los pámpanos otubre,
Y con las grandes lluvias insolente,
No sufre Ibero márgenes ni puente,
Mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente;
Y el sol apenas vemos en oriente,

Cuando la opaca tierra nos lo encubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
Del Aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto y gente en la cabaña.
Y Fabio, en el umbral de Táis tendido,
Con vergonzosas lágrimas lo baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

IV.

Imágen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes más mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo,
O el rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto;

El otro, sus riquezas descubiertas
Con llave falsa ó con violento insulto,
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

V.

Yo os quiero confesar, D. Juan, prime-^{[ro,}
Que aquel blanco y carmin de doña Elvi-
No tiene de ella más, si bien se mira, [ra
Que el haberle costado su dinero.

Pero tambien que me confieses quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.

¿Más qué mucho que yo perdido ande

Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

VI.

El lamentable son del campo griego,
Los golpes fieros del troyano fuerte,
Mil espantosos géneros de muerte,
Y en suma cuanto pueden hierro y fuego
Aquiles oye y mira con sosiego,
Sin que se duela de su adversa suerte;
Antes tañe su lira y se divierte,
Y al son confunde la piedad y el ruego.

En él vive la injuria solamente
De que Briseida bella, su querida,
De Ágamenon por fuerza ocupa el lecho,
Y así, consigo mismo es inclemente,
Pues de su gloria, que es lo más, se olvida:
Tanto puede la fuerza de un despecho.

VII.

Cuitada navecilla, ¿quién creyera
Que osaran estas olas ofenderte,
Viéndolas otro tiempo obedecerte,
Como si tuyo el mar soberbio fuera?

Tus bienes les he dado, y persevera
Su saña; no sé ya cómo valerte;
El arte dejo en manos de la suerte,
Para que ella te arroje adonde quiera.

Bien sé que se aplacarán al momento
Si, como les he dado la esperanza,
Entregara también el pensamiento;

Pero avéngase allá con su bonanza;
Que más quiero morir en mi tormento
Que vivir con infamia en su mudanza.

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

SÁTIRA.

¿Esos consejos das, Euterpe mia?
Tu plática me deja de manera,
Que no sé si te lllore ó si me ria.

Cuando eras fabulosa y lisonjera,
¿Usáras de un estilo y de un lenguaje
Que tanto á tu opinion contradijera?

Superior patria y superior linaje
Te engendró, que no Grecia, la que daba
A sucesos extraños hospedaje;

Y pues ya á la verdad sirves, acaba
De alabarme que siga aquel cuidado,
Que ella en los más pacíficos alaba.

¿Cuándo á pleitos me viste aficionado
En el estruendo judicial suspenso
Entre el procurador y el abogado?

O ¿cuándo de mohatras cargué un cen-
O cobrar usurario en las calendas, [so,
O sahumar á Mercurio con incienso?

¿Yo embarazarme en cambio ó en con-
[tiendas?

¿Por cuál razon? Ni en tu gentil Parna-
Crecieron por litigio las haciendas, [so
Quédate, musa, en paz. A paso á paso;
Que no quiero sufrir que me condenes,
Hasta que más capaz estés del caso.

Y no me trates mal, pues que no tienes
La licencia que en Roma los esclavos
Para decir malicias y desdenes,